

MARION DE LORME.

PERSONAJES

MARION DE LORME.

DIDIER.

LUIS XIII.

EL MARQUÉS DE SAVERNY.

EL MARQUÉS DE NANGIS.

L' ANGELY.

EL MARQUÉS DE BRICHANTEAU.

EL CONDE DE GASSÉ.

EL VIZCONDE DE BOUCHAVANNES.

EL CABALLERO DE ROCHEBARON.

EL CONDE DE VILLAE.

EL CABALLERO DE MONTPESTAT.

Oficiales
del regimiento
de Anjou.

M. DE LAFFEMAS.

M. DE BELLEGARDE.

EL ABATE DE GOUDI.

EL CONDE DE CHARNACÉ.

ESCARAMOUCHE.

EL GRACIOSO.

TAILLEBRAS.

Cómicos de la legua.

UN CONSEJERO DE LA ALTA CÁMARA.—EL PREGONERO.—
UN CAPITAN DEL CASTILLO DE BLOIS.—UN CARCELERO.—
UN ESCRIBANO.—EL VERDUGO.—TRES TRABAJADORES.—
UN CRIADO.—LA SEÑORA ROSA.—CÓMICOS DE LA LEGUA,
GUARDIAS, PUEBLO, GENTILES-HOMBRES Y PAJES.—1638.

ACTO PRIMERO

La cita.

EN BLOIS

Un dormitorio.—En el fondo una ventana abierta con balcon.—
A la derecha una mesa con una lámpara; al lado de la mesa un
sillon.—A la izquierda una puerta, sobre la que cae un por-
tier de tapicería.—En el fondo y en parte oscura de la escena
se vé una cama.

ESCENA PRIMERA.

MARION DE LORME en elegante negligé, sentada cerca de la
mesa y bordando un tapiz; el MARQUÉS DE SAVERNY, jóven,
rubio y sin bigote; vá vestido segun la moda de 1638.

SAVERNY. (Aproximándose á MARION y queriendo
abrazarla.) Reconciliémonos, mi idolatrada
María.

MARION. (Rechazándole.) Bien; reconcilié-
monos, pero no desde tan cerca.

SAV. (Insistiendo.) Un beso nada más!

MAR. (Con cólera.) Señor marqués!

SAV. Ahora se incomoda!... Otras ve-
ces tenéis caprichos más cariñosos.

MAR. Os olvidais...

SAV. No, no, me acuerdo.

MAR. (Fastidioso!)

SAV. Referidme, María, por qué ha-
beis salido tan bruscamente de París y
por qué motivo, cuando os buscaba en la
plaza Real, os encuentro escondida en
Blois. ¿Qué haceis aquí desde hace dos
meses?

MAR. Hago lo que quiero y lo que
debo. Soy libre.

SAV. Tambien son libres los hombres
de cuya alma os habeis apoderado; como
por ejemplo, yo, Goudi, Nesmoud, Pres-
signy, Arquien, los dos Caussades...

MAR. Y Veauvillain.

SAV. Si; tambien os ama.

MAR. Y Cereste.

SAV. Os adora tambien.

MAR. Y Pons?

SAV. Ese os detesta.

MAR. (Ese es el único que está ena-
morado.) ¿Y el anciano presidente Le-
loup?

SAV. Tambien os ama, pero mientras
os espera, posee vuestro retrato y escribe
muchas elegías.

MAR. Hace ya dos años que me ama
en efigie.

SAV. El prefiriera amaros personal-
mente. Por qué huís de tantos amigos?

MAR. Precisamente, marqués, si os he de hablar con franqueza, ellos son la causa de mi fuga. Esos brillantes placeres, que me sedujeron mientras fui joven, me han dejado en el corazón muchas pesadumbres. Por eso quiero en el retiro, y quizás en un convento, expiar una vida impura y licenciosa.

SAV. Apostemos á que vuestro retiro lo ocasiona algun amorío.

MAR. Creéis...

SAV. Creo que el velo y el claustro no sientan bien á vuestros negros y brillantes ojos. Sin duda amais en este pueblo, y es lástima que termineis la interesante novela de vuestra vida con un desenlace tan vulgar.

MAR. Pues os equivocáis.

SAV. Apostemos algo á que acierto.

MAR. Rosa, qué hora es?

ROSA. (Desde fuera.) Van á dar las doce.

MAR. (Van á dar las doce ya!)

SAV. Eso es una indirecta sutil para decirme que me vaya...

MAR. Como vivo tan retirada... y no recibo á nadie... y como además temo que os suceda alguna desgracia... Habéis de saber que esta calle es muy solitaria y en ella suelen salir ladrones.

SAV. No importa; me robarán.

MAR. Es que á veces tambien asesinan.

SAV. Pues me matarán.

MAR. Pero...

SAV. Sois divina!... pero estoy decidido á no salir de aquí hasta que me digáis quién es el dichoso mortal que nos ha sucedido en conseguir vuestros favores.

MAR. Nadie.

SAV. Os guardaré el secreto. Se cree que los cortesanos tenemos la cabeza ligera, que somos curiosos, indiscretos y maldicientes; pero aunque charlamos mucho, sabemos guardar un secreto.—No queréis decírmelo?... Pues me quedo.

Se sienta.

MAR. Pues bien; amo á alguien y le estoy esperando.

SAV. Eso es hablar en plata. ¿Dónde esperáis á vuestro amante?

MAR. Aquí.

SAV. Y á qué hora?

MAR. De un momento á otro. Quizás ya está aquí. (Asomándose al balcón.) No.

(Volviendo hácia el proscenio.) Gracias á Dios que ya estais contento.

SAV. No mucho.

MAR. Hacedme el favor de marcharos.

SAV. Sí; pero antes decidme cómo se

llama el galán que me arroja de aquí y por qué me despedís de este modo.

MAR. Solo sé que se llama Didier, así como él solo sabe que me llamo María.

SAV. (Riendo.) De veras?

MAR. De veras.

SAV. (Continúa riendo.) Pues eso son amores enteramente pastoriles; estilo de Racan puro: ¿entrará aquí escalando las paredes?

MAR. Quizás. Ahora que estais enterado, idos ligero. (Me fastidia!)

SAV. Sabéis si es gentil-hombre?

MAR. No sé nada.

SAV. Qué haceis? (Al ver que Marion le empuja

hácia la puerta.) Ya me voy... permitidme que os diga una sola palabra. Un autor que sabe mucho ha escrito para vos este libro. (Saca un libro del bolsillo y se lo dá á MARION.) Este libro hace mucho ruido en la corte.

MAR. (Leyendo el título.) "La Guirnalda de amor; á Marion de Lorme."

SAV. No se habla en París de otra cosa: este libro y el *Cid* son los dos grandes éxitos del día.

MAR. (Tomando el libro.) Buenas noches. (Despidiéndole.)

SAV. (¿De qué sirve ser ilustre para venir á Blois á disputar el amor á un rústico?)

MAR. Rosa, acompañad al señor marqués hasta la puerta.

SAV. Gracias, no os incomodeis...

Saluda y váse.

ESCENA II.

MARION y despues DIDIER.

MARION cierra la puerta por la que ha salido SAVERNY.

MAR. ¡Gracias á Dios que se ha ido ese posma! Temia que se encontrara con Didier.

Se oyen dar las doce.

Las doce dan! Debía estar ya aquí.

Se asoma al balcón.

No viene nadie!

Vuelve al proscenio y se sienta en el sillón.

Pronto empieza á hacerse esperar.

Un joven sube por los hierros del balcón, salta á la habitación y deja en un sillón la capa y la espada. Viste de negro. Vá á avanzar y se pára al ver á MARION sentada y con los ojos inclinados al suelo. MARION se vuelve y le vé.

Ah! Sois vos? Os esperaba hace rato.

DIDIER. Vacilaba en subir.

MAR. Por qué?

DID. Hace poco, al pié de esas paredes, sentí que la compasión agitaba mis entrañas, compasión por vos.—Yo, que

soy hombre funesto y maldito, antes de llegar á un punto donde no pueda retroceder me dije á mí mismo: "Allá arriba, allá arriba vela, confiando en su virtud sin tacha y en su inocente beldad, un ángel de luz, un sér casto y cándido; ¿qué significado yo para ella, yo, que me arrastro entre la multitud? ¿Por qué he de turbar esa agua que fluye tan pura del manantial? ¿Por qué he de coger ese lirio? ¿Porque ella se fie cándidamente de mi lealtad, tengo derecho á aceptar el don de su cariño y de mezclar la oscuridad de mi noche con la claridad de su día?"

MAR. (Teología es esa que no comprendo. Será hugonote?)

DID. Pero la dulce magia de vuestra voz, que oí desde la calle, ha triunfado de mi duda y me ha conducido hasta vos.

MAR. Me habeis oido hablar? Pues es extraño.

DID. Oí vuestra voz y otra.

MAR. Sí... la de la señora Rosa; ¿es verdad que parece que tenga voz de hombre? Habla muy alto y con rudeza.—Pero ya que habeis venido, vuelve la alegría á mi corazón. Sentaos.

Se sienta lejos de ella; MARION le indica un sillón que está mucho más próximo.

Sentaos aquí.

DID. No, á vuestros piés.

Se sienta en un taburete á los piés de MARION y se queda contemplándola en silencio algunos instantes.

Escuchadme, María; no tengo más nombre que Didier, porque no conocí nunca padre ni madre. Cuando nací me depositaron desnudo en el pavimento de una iglesia. Una mujer vieja, hija del pueblo, que me vió, se apiadó de mí y se me llevó, sirviéndome de nodriza y de madre y educándome como cristiano; más tarde murió, dejándome por toda herencia nueve-cientas libras de renta, que es con lo que vivo. Para el que se vé solo á los veinte años, la vida es muy amarga, muy triste, y me dediqué á viajar. Conocí á los hombres, y odié á unos y desprecié á los otros, porque por todas partes encontré orgullo, miseria y dolores en ese espejo turbio que se llama faz humana. A pesar de que me veis joven, soy ya viejo y estoy cansado ya del mundo, porque todo con cuanto he chocado me ha ido desengañando, y si encuentro malo el mundo, encuentro al hombre peor. Seguía viviendo así sombrío y aislado, cuando se me aparecisteis para consolarme; no os conocía. En París, al vol-

ver la esquina de una calle, una tarde os presentásteis ante mi vista; despues os encontré algunas veces, y siempre han sido para mí cariñosos vuestros ojos y tiernas vuestras palabras; temia amaros y huí. Por extraña casualidad os volví á encontrar aquí, por todas partes, y al fin, temblando de amor, irresoluto, indeciso, me atreví á hablaros, y vos me lo permitisteis. Ahora disponed de mi corazón y de mi vida. ¿Qué es lo que deseais que pueda yo proporcionaros? ¿Existe algun objeto ó algun hombre que os importune? ¿Necesitais que mate á alguien? Hablad, mandadme, despues to estoy á serviros.

MAR. (Sonriendo.) Sois muy singular, pero quizá porque sois así os amo.

DID. Me amais! Meditad bien lo que decís. Semejantes palabras no se pueden pronunciar frívolamente. ¿Sabéis lo que es el amor? El amor se convierte en nuestra sangre, en el objeto único de la vida; el amor, ahogado mucho tiempo, se enciende, y sus llamas crecen sin cesar y purifican el alma; y solo, en el fondo del corazón, donde le encerramos, quemamos las ruinas de todas las demás pasiones; el amor sin esperanza y sin límites, que sobrevive hasta á la felicidad, permanece siendo profundo y sombrío. ¿Sentís el amor así?

MAR. (Conmovida.) Verdaderamente...

DID. No sabéis el entusiasmo de mi cariño; desde el día en que os ví, mi vida sombría se iluminó, alumbrada por vuestros ojos; desde entonces todo ha cambiado para mí. Brillais á mi vista como un sér desconocido, como un sér celeste; habeis embellecido mi existencia, porque hasta el momento de veros, viviendo solo, errante y oprimido, no hice más que luchar y sufrir... porque aun no habia amado.

MAR. Pobre Didier!

DID. María!

MAR. Pues bien; os amo tanto como vos me amais, quizá más. Desde que os conocí seguí vuestros pasos, y creo que desde entonces os pertenezco.

DID. (Cayendo de rodillas á sus piés.) Ah! ¡no me engañéis! Si corresponde vuestro cariño á mi pasión pura, seré el más feliz de los mortales; pero si me engañais...

MAR. ¿Qué necesitais para creer en mi amor?

DID. Una prueba.

MAR. Qué prueba?

DID. Sin duda sois libre?

MAR. (Con embarazo.) Sí...

DID. Pues quiero ser vuestro herma-

no, vuestro apoyo, vuestro desposado.

MAR. (Si no fuera indigna de él!...)

DID. Contestadme.

MAR. Pero...

DID. Comprendo. Os importuna la audacia de un huérfano sin nombre... dejadme, pues, en mi soledad y en mi abandono; adios!

Dá un paso para salir y MARION le retiene.

MAR. Didier! Didier! ¿Qué es lo que decís?

MARION llora.

DID. (Volviendo.) Perdonadme... pero como titubeábais... —María, mi único deseo es que seamos el uno del otro y formar los dos un mundo, una patria y un cielo; vivir ignorados en un lugar solitario y ocultar en él nuestra felicidad á las miradas del mundo.

MAR. Ah, eso sería el paraíso!

DID. Lo deseas como yo?

MAR. (Desventurada!) No, no puedo desearlo.

MARION se aparta de los brazos de DIDIER y cae en el sillón.

DID. (Con frialdad.) La oferta es poco generosa de mi parte; basta, no os hablaré más de esto.

MAR. (¡Maldito sea el día en que me amó!) Me estais desgarrando el alma... yo os explicaré...

DID. (Con frialdad.) ¿Qué estábais leyendo cuando entré?

Toma el libro que hay sobre la mesa y lee.

"La Guirnalda de Amor, á Marion de Lorme." —La belleza del día!

Echa el libro al suelo con violencia.

Está dedicado á la vil criatura que es la más impura de las mujeres.

MAR. (Temblando.) Didier!...

DID. ¿Cómo es que teneis aquí estos libros infames?

MAR. Por casualidad...

DID. ¿Sabeis quién es Marion de Lorme? Una mujer de hermoso cuerpo y de alma degradada, una Friné que vende su amor al hombre que lo quiere comprar.

MAR. (Llevándose las dos manos á la cabeza.) ¡Gran Dios!

Se oye á la parte de fuera ruido de pasos, chocar espadas y gritos.

UNA VOZ. (En la calle.) Al asesino!

DID. (Asombrado.) Qué será ese ruido?

LA VOZ. Socorro! socorro!

DID. (Mirando al balcon.) Tratan de matar á un hombre.

Toma la espada, sale al balcon y pasa una pierna por encima de los hierros. MARION corre hasta él y trata de impedirle salir.

MAR. Si me amais no bajeis á la calle... os van á matar... permaneced aquí...

DID. A mí no; van á matar á otro hombre. (Salta á la calle.) Deteneos! (Desde la calle.) Manteneos firme, caballero!

Se oye el choque de las espadas.

Miserable!

MAR. Oh cielos! Seis contra dos!

LA VOZ. Este hombre es el demonio!

El ruido de las espadas disminuye poco á poco hasta que cesa.

Aparece DIDIER escalando el balcon.

DID. (Hablando á alguno que está en la calle.) Ya está terminado este asunto. Seguid vuestro camino.

SAV. (Desde fuera.) No me iré sin estrecharos la mano y sin daros las gracias, si me lo permitís.

DID. Os lo dispense.

SAV. Pues yo quiero daros las gracias.

Escala el balcon.

DID. Podíais habérmelo agradecido desde la calle.

ESCENA III.

MARION, DIDIER Y SAVERNY.

SAV. (Con la espada en la mano.) ¡Es extraña tiranía salvarme la vida y dejarme á la puerta de la calle!... Pero no quiero que se diga que un noble como yo, á quien valientemente libran de la muerte, se vá sin decir á su salvador: Marqués... ¿vuestro nombre?

DID. Didier.

SAV. Didier y qué más?

DID. Didier y nada más; lo importante para vos es que os iban á matar y os he socorrido. Podeis marcharos.

SAV. (Vaya unos modales!) Verdaderamente no hubiera podido escapar sin vuestra ayuda; vinieron seis ladrones contra mí. ¡Seis grandes puñales contra una espada!

Vé á MARION, que ha tratado hasta entonces de ocultarse á su vista.

Ahora os comprendo: estábais aquí sabrosamente ocupado y he venido á turbar una cariñosa entrevista. (Veamos la dama.)

Se acerca á MARION y la reconoce.

(En voz baja.) Ah, sois vos!... Entonces es él.

MAR. (También en voz baja.) ¡Me vais á perder!

SAV. María!...

MAR. Es la primera vez que amo.

DID. (Vive Dios! ¡Ese hombre la mira con ojos atrevidos!)

Dá un puñetazo á la lámpara y la tira al suelo.

SAV. Habeis apagado la lámpara!



AH! DESPRECIABLE CRIATURA IMPURA ENTRE LAS MUGERES!

DID. Sí, porque conviene que los dos salgamos juntos.

SAV. Os sigo. Adios, señora. (A MARION.)

DID. (Me molesta este pisaverde.) Seguidme.

SAV. Aunque sois brusco, os debo la vida y os prometo agradecimiento eterno; soy el marqués de Saverny, vivo en París, hotel de Nesle.

DID. Bien. (No quiero que un fátuo la esté mirando.)

Salen por el balcon. DIDIER dice desde la calle:

Vuestro camino es por allá y el mio por aquí.

ESCENA IV.

MARION y la SEÑORA ROSA.

MAR. Rosa! Cerrad ese balcon.

ROSA cierra el balcon. Al volver vé á MARION sentada, que se enjuga una lágrima.

ROSA. (Juraria que ha llorado!) Señora, me parece que ya es hora de dormir.

MAR. Sí; para tí. Ven á desnudarme.

ROSA. (Deshaciéndola el cabello.) ¿El caballero de esta noche se ha portado bien? ¿Es rico?

MAR. No.

ROSA. Es galante?

MAR. Tampoco. Ni siquiera me ha besado la mano.

ROSA. Eso por qué?

MAR. (Pensativa.) Porque le amo.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

El encuentro.

EN BLOIS

La puerta de una taberna.—Una plaza.—A lo lejos se vé en el fondo la ciudad de Blois en forma de anfiteatro y las torres de San Nicolás sobre la colina que ocupan las casas.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DE GASSÉ, EL MARQUÉS DE BRICHANTEAU, EL VIZCONDE DE BOUCHAVANNES, EL CABALLERO DE ROCHEBARON, están sentados en mesas delante de la puerta de la taberna; fuman, juegan á los dados y beben.—Después EL CABALLERO DE MONTPELAT y EL CONDE DE VILLAR; luego L' ANGELY, y después EL PREGONERO y gente del pueblo.

BRICHANTEAU. (Levantándose á recibir á GASSÉ, que entra.) Hola, conde! ¿vienes á Blois á reunirte con el regimiento? Te felicitamos porque te van á enterrar aquí.

Examinándole el traje que lleva.

Bonito traje!

GASSÉ. Esta es la moda; color de naranja y azul.—¿Sabeis que Blois dista cuarenta leguas de París?

BRICH. Es como estar en la China.

GASSÉ. Por eso dicen nuestras mujeres que seguirnos es espatriarse.

BOUCHAVANNES. ¿Este caballero llega de París?

ROCHEBARON. Decidnos qué novedades hay en la gran ciudad.

GASSÉ. Ninguna. Corneille sigue yendo por los espacios imaginarios; Giche está á la orden del dia. Ast es duque. Han ahorcado á treinta hugonotes y el número de desafíos es infinito.

BRICH. ¡Dichoso París, donde todo el mundo se desafía!

GASSÉ. Está en moda desafiarse.

BRICH. Allí puede uno divertirse y vivir, disfrutando de festines, de amores y de combates; pero aquí somos víctimas del fastidio.

GASSÉ. (Examinando las mangas de ROCHEBARON.) Estais muy atrasado, amigo mio; ya no se llevan agujetas ni botones; se llevan cintas y lazos.

BRICH. ¿Qué dice el rey al ver que menudean tanto los desafíos?

GASSÉ. El cardenal está furioso y trata de atajar pronto el mal.

BRICH. Y qué hace la córte? ¿El rey está bien de salud?

GASSÉ. No muy bien; el cardenal tiene fiebre y gota y solo sale en litera.

BRICH. Eres muy original! Te hablamos del rey y nos contestas con el cardenal.

GASSÉ. Porque esa es la moda.

BOUCH. ¿De modo que no hay nada nuevo?

GASSÉ. No... porque ya no es nuevo el milagro, el prodigio, que preocupa á París desde hace dos meses; esto es, la fuga, la partida, la desaparicion...

BRICH. De quién?

GASSÉ. De Marion de Lorme, de la hermosa entre las hermosas.

BRICH. Pues yo voy á darte una noticia. Marion está aquí.

GASSÉ. Está en Blois?

BRICH. Está de incógnito.

GASSÉ. (Levantando los hombros.) ¡Os quereis burlar de mí! ¡Marion, que imponia la moda en París, estar en Blois, que es su antípoda! Mirad, aquí todo es feo, viejo

y mal construido; hasta los campanarios tienen el aire cursi y provincial.

ROCH. Eso es verdad.

BRICH. Pues no dudeis que Saverny la ha encontrado aquí oculta y provista de un amante, cuyo amante ha salvado á Saverny de seis ladrones que quisieron asesinarle.

GASSÉ. Pues eso es una verdadera novela.

ROCH. (Bajo á BRICHANTEAU.) ¿Estais seguro de que eso es verdad?

BRICH. Tan seguro como que tengo seis besantes de plata en campo de azur en mi escudo. Tanto es así, que Saverny vá buscando por todas partes al hombre que le ha salvado la vida.

BOUCH. Pues si fuera á casa de Marion allí le encontraría.

BRICH. No, porque desde entonces ella ha cambiado de casa y de nombre y ha perdido su pista.

MARION y DIDIER atraviesan lentamente el fondo del teatro, sin que los vean los interlocutores, y entran en una de las casas laterales. Entran VILLAE y MONTPELAT hablando en voz alta y disputando.

VILLAE. Te digo que no.

MONTPELAT. Te digo que sí.

VILL. Corneille es malo.

MONT. Es indigno tratar de ese modo al autor del *Cid* y de *Mélite*.

VILL. Soy el primero en confesar el mérito de *Mélite*, pero desde que Corneille escribió esa obra ha ido decayendo, como todos. Háblame de *Mélite* y de la *Galería del palacio*, pero no me hables del *Cid*.

MONT. El *Cid* es una obra excelente.

VILL. Perversa. Ya ves como Scudery la pone de vuelta y media.

ROCH. Corneille es un infeliz.

BOUCH. Monseñor Godeau, el obispo, me ha dicho que tiene mucho talento.

MONT. ¡Es verdad que tiene mucho talento!

VILL. Si escribiera de otro modo que escribe, si siguiera á Aristóteles y el buen método...

GASSÉ. Caballeros, dejaos de disputas. Corneille está en moda. Ha sucedido á Garnier, como en nuestros días los sombreros de fieltro han sustituido á los de terciopelo.

MONT. Pues yo estoy por Corneille y por los sombreros de fieltro.

GASSÉ. (A VILLAE.) Garnier vale mucho y Corneille también vale mucho algunas veces.

VILL. Estamos de acuerdo.

ROCH. Es un jóven de génio que yo ástimo mucho.

Entra L'ANGELY, que vá á sentarse en una mesa solo y en silencio. Vá vestido de negro.

VILL. Si el público gusta de esas rapsodias, es porque no le dan tragico-medias; y el teatro está perdido desde que Richelieu...

GASSÉ. Llamadle monseñor ó hablad más bajo.

BRICH. ¡Cargue el diablo con su eminenencia! No le basta disponer de los soldados y de nuestro bolsillo y mandar en todo, que hasta quiere mandar en nuestra lengua.

BOUCH. ¡Abajo ese hombre de mano sangrienta y de traje de escarlata!

ROCH. ¿Si él manda para qué sirve el rey?

BRICH. Los pueblos, en la oscuridad de la noche, caminan fijando la vista en una luz que brilla. Esta luz es él, y el rey es la linterna que impide que el viento la apague, proporcionándola su vidrio turbio.

BOUCH. ¡Ojalá llegue pronto el día en que el viento de nuestras espadas apague esa luz!...

ROCH. Si todos pensaran como yo...

BRICH. Entonces nos reuniríamos...

BOUCH. Y le daríamos la estocada Jarnac.

L'ANGELY. (Levantándose y con voz lúgubre.) ¡Jóvenes, acordaos de Marillac!

Todos se estremecen; vuelven la cabeza y callan, mirando á L'ANGELY, que vuelve á sentarse silenciosamente.

VILL. (Levándose aparte á MONTPELAT.) Ahora mismo, á propósito de Corneille, me has hablado con tono ofensivo, y yo á mi vez quiero decirte en ese tono dos palabras.

MONT. Con la espada?

VILL. Sí.

MONT. O prefieres la pistola?

VILL. Me es igual.

MONT. Pues ven y busquemos un sitio solitario.

L'ANG. (Poniéndose en pié.) ¿Quereis batiros? Acordaos de Bouteville!

Quedan consternados otra vez los asistentes. VILLAE y MONTPELAT se separan.

ROCH. ¿Quién es ese hombre vestido de negro que me asusta?

L'ANG. Soy L'Angely; soy el bufon del rey.

BRICH. Pues ya no extraño que el rey esté tan triste.

BOUCH. (Riendo.) Digno bufon de un cardenal.

L'ANG. Cuidado con lo que hablais; el ministro es poderoso y puede derramar á torrentes vuestra sangre, porque des-

pues la empapa en su sotana roja y ya no se conoce.

GASSÉ. Vive Dios!

ROCH. Dice bien.

BRICH. Comparado con este bufon, Plutón hace reír.

Aparecen multitud de hombres y mujeres del pueblo, que salen de las calles y de las casas y llenan la plaza. En el centro de ella se vé al PREGONERO á caballo, con cuatro dependientes del Municipio; uno de ellos toca la trompeta y otro el tambor.

GASSÉ. ¿A qué viene aquí tanta gente? Ah, un pregon!

EL PREGONERO. (En alta voz.) ¡Silencio, vecinos! "Ordenamiento.—Luis, por la gracia de Dios..."

BOUCH. (Bajo á BRICHANTEAU.) El rey es la capa flordelisada que oculta á Richelieu.

L'ANG. Atención, señores.

EL PREGONERO. (Siguiendo.) "Rey de Francia y de Navarra, á todos los presentes, salud. Teniendo en consideración que muchos reyes han querido concluir con el duelo, imponiendo con este objeto penas severas, y que á pesar de los edictos publicados por los reyes nuestros antepasados, los desafíos son hoy más numerosos que nunca, ordenamos y mandamos que de hoy en adelante los duelistas, que nos privan de nuestros vasallos, ya sobreviva uno solo, ya sobrevivan los dos, sean traídos á la corte y llevados á la horca, ya sean nobles, ya sean villanos. Y para que este edicto sea lo más eficaz posible, renunciemos á usar por este crimen nuestro derecho de indulto. Firmado, LUIS.—RICHELIEU..."

Indignación entre los gentiles-hombres.

BRICH. Quieren ahorcarnos!

BOUCH. Como si fuéramos truhanes ó asesinos.

EL PREGONERO. De orden del preboste, para que todo el mundo sepa lo que se acaba de leer, se vá á fijar en la plaza este edicto.

Colocan el cartel en un hierro que sale de la pared, á la derecha del teatro.

GASSÉ. Por de pronto empiezan por colgar el cartel.

BOUCH. Sí, conde, hasta que cuelguen al que lo ha redactado.

El PREGONERO se vá con su cortejo.—El pueblo se retira.—Entra SAVERNY.—El día empieza á declinar.

ESCENA II.

Dichos y el MARQUÉS DE SAVERNY.

BRICH. ¿Has encontrado ya, mi querido primo, al hombre que te salvó de los ladrones?

TOMO III.

SAV. No, y eso que he recorrido toda la ciudad. Los ladrones, el jóven y Marion de Lorme se han desvanecido, como si fueran los personajes de un sueño.

BRICH. Pero tú debes conocerle.

SAV. No, porque de un puñetazo apagó la luz.

BRICH. ¿Y no le conocerías si le encontrases?

SAV. Creo que no; ni siquiera le ví la cara.

BRICH. Sabes cómo se llama?

SAV. Didier.

ROCH. Eso no es nombre de hombre. Eso es nombre de villano.

SAV. Pues se llama así. Hay muchos que son de raza noble y que cuentan con grandes títulos, que indudablemente no son tan valientes como él. Yo me encontré con seis ladrones. El estaba con Marion de Lorme; la dejó y vino á salvarme. He contraído con él una gran deuda, y os juro que se la pagaré, aunque sea á costa de mi sangre.

VILL. Marqués, ¿desde cuándo pagais vuestras deudas?

SAV. Siempre he satisfecho las que se pagan con sangre; esta es mi única moneda.

Empieza á anochecer. Las ventanas de la ciudad se van alumbrando unas tras otras. Entra un alumbrador, que enciende un reverbero que está colocado encima del cartel y se vá. La puerta de la casa donde entraron MARION y DIDIER se abre, y sale éste pensativo, andando con lentitud y con los brazos cruzados debajo de la capa.

ESCENA III.

Dichos y DIDIER.

DID. (Sin ser visto de los demás.) (Quisiera volver á encontrar al marqués de Saverny, que estuvo tan descarado con ella. Ese hombre se me ha atravesado.)

BOUCH. (Llamando á su primo, que está hablando con BRICHANTEAU.) Saverny!

DID. (Ah, aquí está!)

Avanza mirando á los gentiles-hombres y se sienta en una mesa que está bajo el reverbero que alumbrá el cartel cerca de L'ANGELY, que continúa inmóvil y silencioso.

BOUCH. Conoceis este edicto?

SAV. Qué edicto?

BOUCH. El que nos obliga á renunciar á batirnos.

SAV. Eso es muy prudente.

BRICH. Pero nos lo prohíben bajo pena de horca.

SAV. Os estais burlando? Eso no puede ser. Que ahorquen á los villanos me parece bien.